

Sufrimiento y padecimiento.

La comodidad de los tiempos nuevos nos hace sufrir el encierro. Hemos perdido las herramientas para superar crisis: Ante cualquier situación o desastre se espera que llegue el Estado para darnos asistencia, recoger heridos o muertos, levantar las casas y, hoy, proteger empleos. La gente queda indefensa. La influencia de los medios ha sido fundamental para transformarnos en seres inservibles y lo asumimos sumisamente como nuestra realidad. Nos acostumbramos a hacer lo que nos place: salidas con amigos, un café en el centro, fútbol de fin de semana, tertulias, casino, fiestas o acción política y sindical y siempre estamos delegando en otros que se organicen cosas y solo nos sumamos para disfrutar.

En comunidades pequeñas como la nuestra, donde el contacto con nuestros seres queridos es más intenso que en las grandes urbes, podemos mantener la templanza y la preocupación por los demás. En otros lugares, el encierro genera patologías mentales imposibles de superar como dejar de lado las posiciones personales en beneficio del bien común del grupo. Si a eso le agregamos vicios, agresividad e irrespeto, nos encontramos con un cúmulo de aberraciones que dañan y destruyen a la familia como grupo esencial de la sociedad. Es difícil aceptar recibir consejos de buen vivir o simples consuelo, y las instituciones que podían sembrar semillas de bondad se encuentran cuestionadas y deslegitimadas y en silencio.

Esta pandemia es pequeña frente a situaciones vividas por la humanidad desde la época glacial y las cavernas donde el único objetivo era subsistir y resistir. Recordando a los pobladores de Ciudad Rey Don Felipe y a los colonos de la Goleta Ancud, unos abandonados a su suerte y los otros a la espera del retorno del navío, podremos imaginarnos su pesar por el obligado encierro o entierro en vida en que quedaron. Ellos si que estuvieron abandonados y debieron unir arrojos para soportar un nuevo mes, semana, día u hora. Hoy estamos solos en nuestros hogares, ellos tenían la inmensidad y el paisaje. En ninguna de aquellas ocasiones hubo distracciones como televisión, juegos o libros y debieron maximizar sus mentes para inventar, crear o simplemente meditar, elemento básico del crecimiento de las personas. Somos prisioneros de la televisión y lo que nos entrega, especialmente temores. Lo comemos sin meditar. Para crecer, debemos liberarnos de esas amarras y podremos padecer sin sufrir.